

Antrópica

Revista de Ciencias Sociales y Humanidades



UADY
UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
DE YUCATÁN

MIAR
Matriz de Información para el
Análisis de Revistas





La presencia del *otro* en la vida cotidiana

Other's presence in everyday life

José Navarrete Lezama

Universidad Autónoma de San Luis Potosí (San Luis Potosí, México)

Recibido: 22 de septiembre de 2017.

Aprobado: 30 de abril de 2018.

Resumen

Este artículo tiene como objetivo discutir reflexivamente sobre el otro cotidiano, una figura de alteridad que puede ayudarnos a comprender las dinámicas sociales. En primer lugar, se sostiene que el otro en la vida cotidiana se constituye en la constante e ineludible tensión que generan las diferencias entre las personas. Dicha tensión es un principio creativo, en tanto que, al intentar resolverla, los sujetos marcan las pautas de las relaciones sociales y los valores y normas que las sostienen. También, la noción de otredad cotidiana será utilizada para ofrecer una vía distinta para pensar acerca de la clásica categoría de alteridad en Antropología, la cual permitirá considerar la alteridad desde su realidad más ordinaria, donde, además de una categoría científica, es un problema apremiante.

Palabras clave: vida cotidiana, otro antropológico, otro cotidiano, alteridad.

Summary

This article aims to reflectively discuss the other every day, a figure of otherness that can help us understand the social dynamics. First, it is argued that the other in everyday life becomes the constant and inescapable tension generated by the differences between people. This tension is a creative principle, whereas, when trying to resolve it, the subjects set the tone of social relations and values and norms that support them. Also, the notion of daily otherness will be used to provide a different way to think about the classic category of otherness in Anthropology, which will consider otherness from its ordinary reality, where, besides a scientific category, is a permanent problem.

Keywords: everyday life, another anthropological, another daily, otherness.

Introducción

Existe una ineludible tensión entre los sujetos en la vida cotidiana, pues, se saben diferentes y, a la vez, reconocen ciertas similitudes entre ellos. En ese sentido, el *otro* es siempre un misterio porque no se sabe hasta dónde es diferente y hasta dónde, similar. La conciencia de dicha contradicción embarga a las personas: los sujetos se relacionan entre ellos sin saber con certeza qué tan diferentes o parecidos son; debido a esta ignorancia, la interacción entre los sujetos sufre transformaciones a cada momento. Las personas tienen que “tomar al vuelo” de los acontecimientos e interpretar lo que hacen los demás para poder adoptar una postura o actuar de una manera u otra.

En el presente texto se reflexiona sobre la tensión que existe entre unos y otros, así como la contradicción que genera la existencia de la otredad. El objetivo central es mostrar al sujeto embargado y afectado por la presencia del otro y, la afectación como un principio fundamental de las relaciones humanas. Luego entonces tenemos que la vida cotidiana funge aquí como: “el espacio relacional donde se encuentran lo diverso y la unidad” (Orellana, 2009: 2). El espacio-temporalidad son propicios para que las subjetividades afloren, para que el otro se haga presente, ya que lo cotidiano es el ámbito más inmediato y habitual para las personas, en él deben desenvolverse satisfactoriamente como sujetos sociales.

Si se parte de una mirada similar a la de Michel de Certeau (2007), para quien el sujeto ordinario es un ser creativo y productor, la cotidianidad sería la dimensión de la vida que permite la “creación” de posibilidades para el sujeto, ya que en ella las personas se ven obligadas a actuar eficazmente. Al estar en constante roce con otros, deben intentar conocerlos, es entonces cuando las personas se erigen como desconocidos, extraños e imposibles de aprehender en su totalidad y, en consecuencia, la comunicación se vuelve difícil. El choque entre los otros no puede ser más que un principio creativo; exige a los sujetos encontrar los procedimientos adecuados para confrontar la alteridad, para vivir la vida. Solo en la diferencia puede haber creación.

La vida cotidiana hace referencia a un espacio-tiempo inmediato y parte de ese contexto corresponde a la relación que guardan los sujetos con lugares lejanos (otras ciudades), esto gracias a los medios de comunicación. Así, una familia que sigue un noticiero en la televisión está de cierta forma en contacto con el mundo. Ese mundo se vuelve cotidiano en el momento en que entra en forma de noticias, hechos e interpretaciones. A pesar de que un atentado en Francia no afecte de manera directa a una persona en México, la noticia de ese atentado se vuelve cotidiana para el televidente mexicano.

Cuando se habla de vida cotidiana es importante tener presentes tales precisiones sobre las coordenadas espacio-temporales, pues, ellas definen, en un primer momento, lo que es la cotidianidad. No obstante, queda una laguna: lo cotidiano no ha sido delimitado aún y de esa forma surge la pregunta ¿Dónde termina la cotidianidad? Una cuestión que muchas veces no es resuelta por los investigadores, como señala Norbert Elias (1998). Lo cotidiano concluye con la sensación de extrañamiento, con lo nuevo, aquello que para el sujeto resulta totalmente diferente, con la otredad radical (un viaje de vacaciones, por ejemplo, o los rituales, que tienen un tiempo y espacio espe-



cífico, no son cotidianos). En el momento en que los sujetos introducen lo nuevo en sus vidas, la novedad pasa a formar parte de la vida cotidiana.

Destaca en lo cotidiano un dominio por parte del sujeto sobre lo que lo rodea, una domesticación de los espacios y de los objetos. El dominio de las situaciones parte de la apropiación en el sentido intelectual-sensitivo; dicha apropiación es entendida aquí como una relación entre sujeto y objeto o sujeto y sujeto, entre los otros, y se da en el día a día. El sujeto se apropia de lo otro (sujeto u objeto) en cuanto es consciente de ello. A partir de dicha conciencia el sujeto hace de lo otro un elemento más de su entorno. Esto no quiere decir que lo domine o conozca completamente, el conocimiento es siempre incompleto; de ahí la relación contradictoria entre las personas.

Para dar sustento al presente artículo, me apoyaré en descripciones etnográficas. Los datos de campo utilizados fueron recogidos durante una investigación realizada –en el plazo de 3 años con interrupciones periódicas– entre una familia de la Huasteca potosina. La familia es de origen campesino, protestante y de posición económica desfavorable. Omitiré los nombres personales por designaciones como: el padre, la madre, el hijo mayor, la hija menor, etcétera. Las descripciones estarán acompañadas de apuntes reflexivos que permitan ligar la propuesta teórica con los datos concretos. Al final, la reflexión sobre el otro en la vida cotidiana conducirá a una discusión más general acerca de la categoría de alteridad en Antropología.

El Otro cotidiano

Interesada principalmente por el otro del etnógrafo, la Antropología ha dejado de lado la reflexión sobre los otros de los otros, es decir, la otredad en el interior del grupo investigado por el antropólogo: la otredad cotidiana. Esto obedece a una tradición científica, pues, no olvidemos que la Antropología surgió ante la necesidad de conocer a la alteridad radical. Los antropólogos se encontraban en el centro de una discusión esencial: la posibilidad del conocimiento de lo radicalmente diferente, de las sociedades no occidentales con motivos científicos y de expansión colonial (Palerm, 2004).

Para los antropólogos clásicos, las sociedades que investigaban eran homogéneas. Las culturas de estas sociedades correspondían a un cúmulo de significados, los mismos para todos los individuos que las integraban, estas culturas se oponían o eran radicalmente diferentes a las de los antropólogos, pero proclives a ser entendidas por el investigador, no sin un ejercicio intelectual y humanista de acercamiento. El antropólogo intentaba eliminar prejuicios y preconcepciones para dar cuenta de los otros en sus propios términos.

Luego de que los avances tecnológicos en comunicación hicieron del mundo un espacio común para casi todos, la otredad radical ha sucumbido a la realidad del contacto ya cotidiano entre culturas diversas. Ante este escenario, el interés y la necesidad de realizar trabajo de campo en un contexto familiar, los antropólogos han tenido que adoptar la noción de “otro cercano” o “antropología de lo cercano” (Augé, 2000: 15). En la actualidad, el otro es cercano. El antropólogo y su sujeto de estudio comparten más cosas de lo que pueda imaginarse, lo que conlleva otros cuestionamientos para el etnólogo.



En un principio, una antropología realizada en un contexto cercano requiere convertir lo familiar en exótico (Ribeiro, 2004) para obtener una visión mucho más objetiva del problema de estudio pero, los problemas no terminan ahí. La ciencia antropológica, acostumbrada al estudio de pequeños grupos indígenas, se enfrenta ahora a las ciudades, mares de gentes con maneras diversas de entender el mundo. Más o menos satisfactoriamente, los etnógrafos han resuelto este dilema estudiando comunidades de campesinos, empresas, colectivos urbanos, etcétera. A la par, persiste la discusión sobre la posibilidad del conocimiento del otro (cercano o no) con un problema añadido: el impacto directo que la teoría tiene sobre los sujetos de estudio.

Faye Ginzburg (2004), en su escrito *Cuando los nativos son nuestros vecinos*, reflexiona sobre lo problemático de encontrarse en una situación en la cual la visión del antropólogo, que pretende ser lo más cercana posible a la del nativo, es proclive a impactar en la vida de los mismos sujetos de estudio: “Es fácil para un etnólogo presentar su análisis desde el punto de vista nativo cuando su sujeto de estudio se esconde en las altas tierras de Nueva Guinea” (Ginzburg, 2004: 190). No es igual de fácil cuando el antropólogo incursiona en un tema que se encuentra en el debate público de su sociedad. La preocupación de Ginzburg es la preocupación de los etnógrafos contemporáneos.

Los estudios realizados en el interior del grupo del mismo investigador parten de la misma oposición: antropólogo/otro, con la diferencia de que la otredad es cercana. En estas recientes discusiones sobre la alteridad se sigue privilegiando la reflexión sobre el otro del antropólogo, que en adelante llamaré: *otro antropológico*. Esto no quiere decir que no se haya tomado en cuenta a la alteridad cotidiana. Al estudiar la cotidianidad de los sujetos, los antropólogos, explícita o implícitamente, hablan del otro cotidiano, pero no es común que reflexionen sobre él para abordar el tema de la alteridad.

Estas dos figuras: la alteridad radical y el otro cercano suponen diferentes tipos de relaciones espaciales entre investigador y sujeto de estudio. La Antropología se ha desplazado de la aldea hacia la gran urbe. No obstante, la distancia que separa a estos dos actores (antropólogo y otro) no es solamente espacial, sino que fue y sigue siendo cultural. Así pues, la Antropología ha sostenido relaciones de investigación del tipo: antropólogo francés-grupo indígena americano, antropólogo mexicano-habitante de barrio pobre mexicano, antropóloga feminista-colectivo feminista, por mencionar las más significativas.

El último tipo de relación mencionado (antropóloga feminista-colectivo feminista), es quizá el más interesante y novedoso, pues, además de que es más común cada vez, entraña un vínculo mayormente cercano entre el investigador y su sujeto de estudio. Pese a esta extrema cercanía, los actores no dejan de ser otros. En primer lugar, porque no necesariamente comparten puntos de vista similares con respecto al tema o los temas en cuestión y segundo, y más importante, porque la relación de alteridad se configura desde el momento en que uno es considerado investigador y el otro sujeto de estudio, “[...] Esta distancia es introducida y reproducida en cada encuentro por el mismo investigador.” (Althabe, 2003: 8). De tal suerte que, no solo por ser distantes culturalmente estos sujetos son otros.



No existe una relación necesaria entre la alteridad, la lejanía o cercanía cultural. La lejanía, espacial y cultural, nos puede hacer diferentes, pero no nos hace otros. La distancia entre sujetos se produce en el momento en que se piensan, ya que al pensar en algo o alguien, el sujeto se distancia de ese objeto o persona. De ahí que la relación de alteridad entre el antropólogo y sus sujetos de estudio sea insalvable; el trabajo de campo, la estrecha relación entre el investigador y su sujeto de estudio, no la disminuye como se cree, al contrario, la hace más patente, ya que conocer implica distanciarse, constituirse como alteridad. Las personas son conscientes de las diferencias y similitudes de los otros, las piensan, y ello sucede a partir de que empiezan a convivir. La sensación de estar frente a la alteridad les embarga, sobre todo cuando tienen que actuar conforme a la situación en la que se encuentran con el otro.

El otro es un sujeto creativo, creado y creador dentro de las interacciones de las que forma parte y que él mismo hace posibles. Para ser creada y creadora, la otredad necesita hacerse presente, hacerse sentir, y lo hace de manera cotidiana. Es en el choque constante y comunicación entre los sujetos que el otro se constituye porque las personas se ven obligadas a pensar a los demás, a conocer sus intereses y maneras de pensar. Por eso no solo el científico social busca conocer al otro; las personas en la vida cotidiana lo intentan a menudo, con intereses distintos a los del científico, y no solo distintos, sino también más diversos.

Lo que nos interesa son las maneras en las que el sujeto, en su vida cotidiana, confronta a la alteridad. Mientras el antropólogo se acerca científicamente al otro, las personas en la cotidianidad abordan a la otredad con otras intenciones o intereses; la otredad les es conflictiva, ya que, en una situación dada, sus actos, opiniones e intereses, suelen ser diferentes y dicha tensión debe ser resuelta de algún modo. Por ello, las personas intentan interpretar, incluso intuir, lo que el otro pretende: ¿Cuáles son sus intereses? ¿Cuál será su siguiente acto? Ponen en práctica un arte de anticipar (Bourdieu, 2009).

Conocer al otro, aunque sea un conocimiento parcial, se vuelve necesario para el sujeto, una necesidad imperiosa en la cotidianidad. Para las personas es indispensable comprender las motivaciones de los otros, y a partir de ello buscan sacar provecho de las situaciones, ya sea porque tienen interés en controlar una situación en particular o simplemente lo hacen en un ánimo de convivencia. La convivencia entre las personas se basa en un constante estar atento a lo que el otro hace y dice, para que las respuestas a esos actos y palabras vayan de acuerdo a ciertas normas de convivencia: no decir nada que pueda herir a la otra persona o generar un ambiente de tensión, por ejemplo.

Debido a lo ya mencionado, la acción en la vida cotidiana es un reajuste constante, el sujeto siempre debe corregir, cambiar la acción o el discurso para poder adaptarlo a lo que ocurre, a lo que vive. No sabe con certeza si la lectura de la situación es la correcta y, por ende, si la decisión es la adecuada, tiene que tomar una decisión, incluso decidir no actuar. Heller (1985) nos dice que: “El hombre actúa sobre la base de la probabilidad, en el plano de la posibilidad” (p. 56). En esas condiciones, el otro es en todo momento un dilema, una interrogante que obliga a los demás sujetos a actuar, y por lo mismo, a ser creativos.



Los antropólogos saben que el conflicto que se da en la alteridad radica el desconocimiento o el conocimiento parcial entre individuos. De igual forma, en la vida cotidiana las personas no ignoran este hecho. La diferencia está en que conocer bien o mal a otro sujeto no solo tiene un impacto al nivel del ejercicio intelectual, sino que incide en las situaciones concretas que vive y en sus intereses prácticos. Las personas son totalmente conscientes de la otredad cuando sus intereses, valores y maneras de pensar se encuentran en peligro o son propensos al cuestionamiento consciente o inconsciente por parte del otro.

El otro se constituye o va tomando forma en las relaciones interpersonales, por ejemplo: cuando un padre convive con su hijo y viceversa, estos son otros de la vida cotidiana. Lo cotidiano, aunque inmediato y estrecho, implica un sin número de interacciones entre diversos sujetos. En el interior de una familia se presentan varias relaciones de diferentes tipos. Es durante estas interacciones que aflora la otredad, los sujetos se hacen presentes con sus opiniones (maneras de ver el mundo) y sus prácticas, maneras de hacer. Esto como retorno a lo que decía Michel de Certeau (2007).

¿Dónde está el otro?

Siguiendo los argumentos expuestos anteriormente, se deduce que el otro se encuentra en todas partes, en cada momento de la vida de las personas. Todos somos otros, mínimo alguna vez, aunque lo más común es que lo seamos en muchos momentos de nuestras vidas. La familia, el entorno donde los sujetos generalmente se sienten más cómodos, en su ambiente, no se libra de la presencia de la alteridad. “Lo cotidiano es el lugar donde el individuo se enfrenta al otro”, dice Lindón (2000: 9). Pero ¿Quién ese otro y cómo se constituye o se crea? Para hablar de la alteridad cotidiana no hay nada mejor que la unidad familiar: el núcleo social más cercano o inmediato al sujeto.

Cada uno de los integrantes de la familia mencionada sabe hacerse presente con sus opiniones y actos. A continuación, describiré algunas situaciones, momentos en que los sujetos se confrontan, en los que afloran las tensiones entre los integrantes de la familia de tal modo que se evidencie la manera en que la otredad, o su presencia en lo cotidiano, obliga a las personas a actuar conforme a ciertas normas estipuladas social y culturalmente, no sin adaptarlas y recrearlas al momento de ponerlas en acción.

Diez de los integrantes de la familia viven en la misma casa, los otros viven en casas distintas, pero por su cercanía, comparten algunos aspectos de la vida cotidiana de toda la familia. Son bilingües: hablan náhuatl y español con gran fluidez, sus actividades diarias giran en torno al trabajo agrícola, la asistencia al templo y campañas religiosas protestantes, las otras actividades son difíciles de enumerar. Existe una división del trabajo según el sexo: la madre y las niñas se dedican principalmente a las labores del hogar, mientras que el padre, niños y jóvenes a la siembra y cosecha –aunque a veces las mujeres ayudan en la milpa–.

Para no alejarnos del ejemplo ya expuesto, en las interacciones entre padres e hijos se hace patente lo problemático de la alteridad, sobre todo, la necesaria relación de poder que se desarrolla



entre los actores, lo que pone en evidencia a la otredad. Las tensiones o discusiones entre padres e hijos son el resultado de la puesta en juego de la alteridad, del hacerse presentes (con sus opiniones y actos) de los sujetos. El hijo desobediente y el padre que lo reprende, son las figuras quizá más representativas de las otredades cotidianas en el ambiente familiar.

En una ocasión, cuando los hijos mayores (de 14 y 16 años) manifestaron su rechazo hacia la idea de continuar sus estudios de secundaria, se produjo entre los jóvenes y sus padres una situación tensa. La discusión no se hizo esperar, las dos partes esgrimieron argumentos, echaron mano de diversos recursos para imponer sus intereses. Utilizar dichos recursos comporta un conocimiento de la situación de los otros. Una lectura de los hechos que se van dando, requiere de saber qué decir, qué hacer y en qué momento.

Cuando los jóvenes intentaban convencer a sus padres de que resultaba inútil mandarlos a la escuela ya que, en sus propias palabras, “no eran buenos para estudiar”, los padres buscaban hacerlos conscientes de un futuro a mediano o largo plazo en el que estarían casados y con hijos, situación que los obligaría a tener un empleo bien remunerado, lo suficiente para ofrecer el sustento a sus familias. Así, mientras unos pensaban en planes a corto plazo: “no nos gusta estudiar, preferimos trabajar”, porque el trabajo conlleva una remuneración inmediata y la educación no. Los otros, con experiencia de por medio, sabían que es más difícil encontrar un buen trabajo si no se cuenta con educación, lo que a largo plazo sería contraproducente.

En ese choque de proyectos opuestos o diferentes, la alteridad hace acto de presencia y embarga a los sujetos. Conscientes del otro, las personas se ven afectadas por esa consciencia y buscan la manera de anular esas diferencias o de ganar la partida. Los proyectos que tienen los padres para los hijos no son los mismos que estos últimos tienen para sí. Es entonces cuando dichos actores se confrontan y cada uno de ellos debe ejecutar las acciones necesarias para contrarrestar los discursos y acciones de los otros. Al no poder convencer ni obligar a sus hijos para que continuaran sus estudios, los padres optaron por imponerles una condición: si dejaban sus estudios, debían trabajar necesariamente.

Durante esta discusión, la cual duró algunos minutos, los sujetos involucrados apelaron a lo que Michel de Certeau (2007) denomina *tácticas y estrategias*. La distinción que hace el historiador francés entre estos términos permite captar las prácticas cotidianas, *operaciones* diría De Certeau, mediante las cuales los sujetos de poder y los débiles intentan hacer valer sus opiniones e intereses. Padres e hijos son partícipes de esa lógica de contraposiciones, mientras que los padres (sujetos de poder) echan mano de estrategias, los hijos utilizan las tácticas.

La estrategia es el “[...] cálculo (o la manipulación) de las relaciones de fuerzas que se hace posible desde que un sujeto de voluntad y poder (una empresa, un ejército, una ciudad, una institución científica) resulta aislable” (De Certeau, 2007: 42). Para que ese cálculo o manipulación pueda efectuarse, el sujeto debe disponer de un lugar o una institución que le ofrezca una base para administrar las fuerzas. Para los padres, tal lugar e institución son la casa y la familia. La racionalización estratégica, nos advierte De Certeau (2007), “se ocupa primero de distinguir en



un «medio ambiente» lo que es «propio», es decir, el lugar de poder y la voluntad propios” (p. 42).

A diferencia de la estrategia, la táctica no depende del dominio de un espacio, sino del control de las situaciones particulares, “Obra poco a poco. Aprovecha las ocasiones y depende de ellas, sin base donde acumular los beneficios, aumentar lo propio” (De Certeau, 2007: 43). Los hijos no tienen más opción que aprovechar los momentos en que la autoridad de sus padres se relaja, buscan los resquicios, las fallas en el poder. En la situación anterior, los jóvenes se negaron a estudiar; en compensación, se mostraron dispuestos a trabajar, no sin antes demostrar que no aprovechaban lo que en la escuela aprendían o debían aprender. Una cosa por otra. Esa fue la manera de negociar con sus padres.

Históricamente, los padres son figuras de poder porque, en su condición de adultos responsables de la familia, ganan ciertos derechos sobre sus hijos. Ellos ofrecen a sus hijos un hogar, sustento y afecto. La casa se vuelve el espacio de operaciones de los padres como sujetos de poder, lo que se expresa en la ya clásica frase “mientras vivas en esta casa, harás lo que yo diga”, o en el caso particular que nos ocupa, la condición impuesta por los padres a los jóvenes: si no estudian, van a buscar trabajo en Monterrey (Es muy común que los habitantes de la Huasteca busquen oportunidades de empleo en Monterrey porque es una de las ciudades más industrializadas del país). Los padres (ante su difícil situación económica) no podían permitir que sus hijos abandonaran los estudios, fueran improductivos y además vivieran en casa. La solución: enviarlos a Monterrey para que ellos se ganaran el sustento y ya no dependieran de la economía familiar.

A raíz de la partida de los jóvenes a Monterrey, su rol dentro de la familia cambió. Lo que obliga a considerar de nuevo, a la luz de las transformaciones y nuevas situaciones, la confrontación entre alteridades (padres/hijos). Las relaciones de poder siempre van acorde a situaciones y surgen a partir de situaciones particulares. Depende de la situación, el que uno u otro sujeto se erija como sujeto de poder o como sujeto sometido al poder. En la situación presentada queda claro que los padres tienen el poder y los hijos, no. La situación puede cambiar, aunque no demasiado, pero sí lo suficiente como para sostener que los otros son sujetos distintos cada vez, esto obliga a las demás personas a adecuarse a dichos cambios.

Como sostenía en párrafos anteriores, las personas se ven obligadas a conocer a los otros y conforme a la lectura de las situaciones, los actos y roles en los que se ven insertos, jugar su juego. El otro no es un sujeto estático, se vuelve imprevisible en tanto que sus relaciones con los demás cambian. Ese es el verdadero otro, aquel que representa siempre una problemática y que plantea una cuestión. La relación entre los jóvenes y sus padres cambió a partir de que los primeros se instalaron en Monterrey y consiguieron trabajo. Su regreso a la comunidad, durante breves vacaciones, significó para ellos un nuevo posicionamiento frente a sus padres y hermanos, y también una serie de transformaciones en la vida cotidiana de la familia en general.

Cuando los jóvenes estaban de vacaciones en su casa, ya no tenían las mismas obligaciones que en otros tiempos. No estaban obligados a ayudar a su padre en la milpa, tampoco los mandaban a cortar leña para el fogón. Estas tareas le eran adjudicadas al hermano menor, quien todavía



vive con sus padres y asiste a la escuela. Los jóvenes simplemente se dedicaban a descansar, ayudar en pequeñas tareas en la casa y a divertirse (ir a bailes y salir con sus novias). Su papel como proveedores, porque ahora ellos también aportaban un poco al gasto familiar (aunque la mayoría de sus ingresos se les iba en mantenerse en Monterrey), y, sobre todo, ya no representaban una carga económica para sus padres, todo esto les dotaba de cierta autonomía.

Dicha autonomía (económica más que nada) obligó a los padres a considerar nuevas formas de relacionarse con sus hijos. Ya no podían obligarlos a trabajar en la casa. Los jóvenes, con algunos regalos (celulares y una tableta electrónica) cambiaron las dinámicas familiares de convivencia. La convivencia giraba muchas veces alrededor de estos dispositivos, puesto que, gracias a estos los niños, jóvenes y el padre podían compartir música, videos, y discursos religiosos que ellos mismos grababan. Los jóvenes se convirtieron en agentes capaces de transformar la realidad de la familia; ello les daba cierto estatus en relación a sus hermanos, y los hacía influyentes dentro del ámbito familiar en general.

Otro ejemplo de cambio de roles, es el caso del matrimonio de la hija mayor (ya con un bebé). A pesar de que tiene su propia casa, pasa mucho tiempo con sus padres y hermanos, dado la cercanía de los domicilios. En una ocasión reprochó a sus padres y hermanos no cuidar de su hermana pequeña. Su tono de voz para con sus padres y hermanos fue fuerte, a modo de regaño. Tanto los padres y hermanos intentaron justificarse, pero al final tuvieron que rendirse ante los argumentos de la muchacha. En esta situación ella demostró tener cierta autoridad entre sus hermanos e incluso entre sus padres. También se erigió como otro sorprendentemente y los padres se vieron turbados y no supieron cómo reaccionar.

La alteridad no se manifiesta solamente durante las discusiones entre padres e hijos, también es evidente en los roces entre hermanos. En estos casos, en lugar de constituirse en la diferencia de proyectos (como en las tensiones entre padres e hijos), la otredad se hace presente en las pequeñas discusiones diarias, a veces durante juegos y en las peleas por ciertos objetos o espacios. A pesar de la aparente trivialidad, estos hechos revelan el distanciamiento entre otros que se patentiza en la pretensión de dominio o control de lugares, situaciones y en la diferencia de intereses.

Cuando la familia tenía una televisión (en su momento tuvieron que venderla para hacerse de dinero) las niñas y los jóvenes peleaban en ocasiones por su uso. Mientras las niñas querían ver telenovelas, los jóvenes querían ver películas o reproducir discos de música en el DVD. Las niñas estaban muy influidas por los melodramas televisados, eran su pasatiempo por las tardes y noches, cantaban las canciones introductorias de los capítulos, se emocionaban con los sucesos de las historias y se encariñaban con los personajes. Los jóvenes, imponiendo su fuerza, intentaban impedir que sus hermanas vieran la televisión. Por su parte, las niñas hacían berrinches y llamaban a sus papás en ayuda. Las niñas, sabedoras de su debilidad física, saben en qué momento recurrir a los berrinches para ganar las discusiones y peleas con sus hermanos. Ponen en juego tácticas. “*La táctica es un arte del débil*” (De Certeau, 2007: 43). Incluso, la niña más pequeña con la edad de tres años (la consentida según sus hermanas) ha aprendido a controlar las situaciones mediante esta argucia. Ella sabe que sus papás la protegen y, por lo tanto, cuando sus hermanas le niegan



un juguete o le impiden participar en sus juegos, ella empieza a llorar. Siempre le funciona. Sus hermanas son reprendidas por los padres, ella sale victoriosa y con la certeza de que la próxima vez le resultará de nuevo su táctica.

Estos ejemplos son muy comunes, suceden en cualquier familia. Cada uno de ellos, por separado, carece de interés debido a su regularidad. Es necesario pensarlos globalmente para acercarse a un otro diferente, al otro cotidiano, que debería ser la base para entender al otro antropológico. Mientras la otredad clásica en Antropología encuentra su sentido al oponerse al antropólogo mismo, la alteridad cotidiana es con la que tenemos que lidiar todos y su ser se sustenta cuando se relaciona con los demás sujetos miembros de su grupo o sociedad. Este otro no es del todo distinto al clásico en Antropología, pero sí permite abordar el tema de la alteridad por una vía diferente. En lo cotidiano la alteridad se descubre inestable transformándose continuamente. De hecho, esta es la característica que hace otro a un sujeto. Su inestabilidad obliga a las demás personas a intentar comprenderlo a cada momento, a reflexionar sobre sus propios actos al momento de tratarlo o convivir con él. Por ello, los sujetos en la cotidianidad “realizan permanentemente «evaluaciones» y por tanto «calificaciones» de su acción” (Reguillo, 2000: 91). Deben adecuarse a las condiciones y a lo que los otros hacen o dicen. Una persona siempre es otro. En la cotidianidad prevalece una constante producción de otredades, producto del conocimiento parcial de los sujetos y de su capacidad para cambiar.

Los conceptos de táctica y estrategia son pertinentes para aproximarse a los procesos sociales en que se ve inserto el otro. El espacio-temporalidad de la vida cotidiana se construye en la oposición entre estrategias y tácticas, ya que estas se encuentran presentes con frecuencia en las relaciones entre sujetos. Si las estrategias dependen de un lugar propio, “ponen sus esperanzas en la resistencia que el establecimiento de un lugar ofrece al deterioro del tiempo” (De Certeau, 2007: 45); las tácticas toman “al vuelo las posibilidades que ofrece el instante” (De Certeau, 2007: 43). Tiempo y espacio se reconfiguran en estas lógicas de acción y racionalización de los sujetos.

Así, cuando los padres hacen de la casa el espacio desde el cual sustentan sus acciones, los hijos aprovechan los instantes propicios para hacer valer sus opiniones y necesidades. La casa, centro de operaciones, y la familia (institución base de la sociedad), encuentran su reforzamiento en la habilidad de los padres para poner en juego las estrategias. Las tácticas de los hijos (argucias que aprovechan las fallas en el poder, los resquicios) provocan que la casa y la institución que representa la familia, sufran renovaciones por medio de la reformulación de los valores transmitidos por los padres. He ahí la resistencia del lugar y el deterioro del tiempo a los que hace referencia Michel de Certeau (2007).

Pensar al otro cotidiano y sus prácticas que comprenden las dos lógicas ya mencionadas (estrategias y tácticas), ofrece una vía para entender la construcción de las nociones de espacio y tiempo que ordenan la vida cotidiana, sus instituciones y valores. De la eficaz puesta en práctica de las estrategias, depende el que las instituciones (que se sostienen gracias a un lugar propio) se refuercen y se mantengan más o menos estables, es decir, sin muchos cambios. Además de la familia, puede mencionarse a la religión como otra institución que en la vida cotidiana gracias a su



presencia en ciertos espacios importantes (la casa, por ejemplo) logra su vigencia, no sin sufrir los cambios ocurridos en los valores de la sociedad.

Las tácticas no provocan transformaciones drásticas, se conforman con ganar un poco de terreno, controlar ciertas situaciones (momentos e instantes). Son las responsables de los cambios lentos en la sociedad. “Los grandes cambios sólo (*sic*) son posibles si se modifican las pequeñas cosas de la vida” (Piña, 1998: 64). De pronto un suceso detona la aceleración de los procesos, pero antes que ello pase, las condiciones para el cambio se han ido gestando en esa confrontación de las tácticas con las estrategias, apenas perceptibles porque nos parecen naturales o escapan de nuestros sentidos en la acelerada vida cotidiana, como las diferencias entre padres e hijos que se solucionan al paso, al momento. Por ejemplo: los niños y jóvenes buscan siempre la manera de desobedecer a sus padres. A veces no obedecen inmediatamente las órdenes y con ello ganan tiempo, aunque al final terminen por hacer los mandatos. La autoridad de los padres sufre detrimentos, ya que poco a poco algunos de los niños imponen sus deseos al no realizar algunas tareas que les son adjudicadas. Estos son casos excepcionales y en ocasiones fruto de la imposibilidad de mantener una relación padres-hijos basada únicamente en órdenes y regaños. En general, los progenitores mantienen su estatus autoritario y logran sostenerlo en el día a día.

Hasta cierto punto, debido a estas situaciones, la obligación de los hijos pequeños a trabajar para ayudar a los padres ha ido menguando. Los mismos padres prefieren que sus hijos estudien a que trabajen o al menos pretenden que la prioridad sea la educación. Aquí se nota cómo las tácticas empleadas por los hijos logran una transformación en los valores familiares. Esto, aunado a un discurso que ha permeado en la sociedad mexicana desde hace muchos años sobre el valor de la educación que, si bien, no ha favorecido a un cambio sustancial en la calidad educativa, sí ha abatido con fortuna el analfabetismo.

Dichas confrontaciones dejan estelas y sientan precedentes, muchas veces invisibles, pero en ellos se encuentra la huella de la alteridad: el otro es la semilla del cambio. Estamos de nuevo ante la vieja discusión sobre el cambio y la continuidad contemplada a partir de la figura del otro y de los conceptos de táctica y estrategia. De esta forma, se perfila la otredad y se le ubica en su papel dentro del devenir histórico de su sociedad. El hijo desobediente y el padre que busca la manera de mantener la institución de la familia, podrían verse como figuras que movilizan prácticas y discursos o que movilizan a la sociedad, a la historia. El otro cotidiano es un sujeto que cuestiona, no con preguntas, sino con actos. En esto se puede encontrar una similitud entre el otro cotidiano y el otro antropológico: los dos generan preguntas; su misma existencia entraña un cuestionamiento o varios. La diferencia es que el tipo de preguntas que suscitan son distintas. La Antropología ha hecho del otro un objeto de estudio y un concepto. Las preguntas que se hace un antropólogo sobre la otredad van en función de la elaboración que, a través de la historia de la etnología, han efectuado los antropólogos de dicho concepto y objeto de estudio. Por ejemplo, un antropólogo se pregunta en qué consiste la cultura del otro al que estudia y si es posible darle validez. La persona en la vida cotidiana quiere saber cuál será la siguiente acción del otro, no solo por saber, sino para actuar en consecuencia.



El otro es, hasta cierto punto, un desconocido. El antropólogo jamás conocerá por completo al otro, así como el sujeto cotidiano tampoco conocerá del todo a los demás. Esa es la condición primera de la existencia de la otredad. La diferencia es que, mientras uno es una elaboración teórica, el otro es una realidad concreta que embarga al sujeto en su vida cotidiana. Conocer al otro antropológico y al otro cotidiano es una necesidad. En el primer caso se trata de una necesidad intelectual, un ejercicio de comparación que “se vuelve reto teórico y práctico” (Krotz, 1994: 9-10), que no por ello deja de ser una necesidad legítima e importante, en el otro es una necesidad apremiante del momento y vital para desenvolverse satisfactoriamente en la vida. Para el antropólogo o antropóloga que estudia a la sociedad o grupo al que pertenece, el otro cotidiano se convierte en automático y necesariamente en otro antropológico. El ejercicio intelectual, ligado a la reflexión antropológica, obliga a los investigadores a abstraerse por momentos (y hasta donde es posible) de su ser como sujeto social participante de las lógicas de su grupo. Por su puesto, es imposible hacerlo todo el tiempo, pero debe hacerlo si su objetivo es realizar un estudio antropológico. De lo contrario, no dejaría de ser un nativo, en términos de la antropología clásica. El nativo que piensa a su sociedad la vuelve alteridad antropológica y se olvida por lapsos de que es también alteridad cotidiana.

Lo que revela el estudio de la otredad cotidiana es la división sutil y el tiempo, substancial entre el trabajo del antropólogo y la vida de un sujeto en sociedad. Los dos se enfrentan a la otredad, a los dos la alteridad les embarga, les preocupa. Ninguno de ellos puede evitar el tipo de necesidad imperante que les obliga a conocer al otro porque ni el antropólogo puede convertirse en el otro ni la persona en su vida cotidiana puede pensar antropológicamente a los demás sin olvidarse de que debe resolver un problema urgente y que debe decidirse a actuar. Según Pierre Bourdieu (2009) “hay un tiempo de la ciencia que no es el de la práctica” (p. 131).

Una investigación realizada al interior de un grupo cercano al antropólogo o sobre un tema central del debate público, puede impactar en la vida de ese grupo y/o en la dirección del debate, y ese impacto traerá consecuencias. Tales consecuencias estarán siempre ligadas al carácter de la labor antropológica o de la labor científica social, que impone un esquema que contempla la totalidad de las posibilidades de la práctica (Bourdieu, 2009), anulando la temporalidad de las lógicas de acción, las maneras en que los sujetos las ejecutan. Este nivel de incertidumbre o equívoco no resta importancia a la labor del científico social. Por lo cual, más allá de estas limitantes del antropólogo, la reflexión sobre el otro cotidiano permite reconocer a la alteridad su indeterminación. Ya no puede verse a la otredad como una figura estática y sin alteraciones. El antropólogo debe generar los conceptos capaces de dar cuenta del movimiento de la práctica: cómo el sujeto en confrontación con otros establece la dirección que seguirá el curso de la historia y no solamente aceptar que es en la diferencia en el choque entre los otros que el vínculo social encuentra dinamismo, sino dilucidar la dirección del mismo. Y solamente estudiando a la otredad cotidiana estaremos en posición de decir algo sobre la dinámica social.

Conclusiones

Diversos temas gravitan sobre el concepto de alteridad y en este artículo se ha intentado abordarlos atrayéndolos siempre hacia el centro de la discusión: el otro cotidiano. Esta figura



permitió ofrecer directrices o vías de acercamiento a las prácticas de los sujetos y las dinámicas sociales a través de las que se produce el cambio y la continuidad de normas y valores sociales. Como segundo objetivo, la idea de otredad cotidiana fue el punto de anclaje para reflexionar sobre la categoría de otredad ya clásica en antropología.

El otro cotidiano no es totalmente diferente a la otredad clásica antropológica, se distinguen en un aspecto fundamental: uno corresponde a los sujetos en su actuar más urgente y el otro se encuentra en la discusión teórica antropológica, es un asunto de ciencia. No quiero decir que pensar al otro antropológico no sea una tarea vital, pero actualmente se vuelve importante abordarlo desde una perspectiva más cotidiana o partir del estudio de la cotidianidad. Una vez que los antropólogos se han tenido que mudar de campo y adentrarse en temas y espacios que antes le eran totalmente ajenos, por ser demasiado cercanos (la Antropología siempre se había dedicado a estudiar lo extraño, lo lejano), se han visto obligados a reflexionar sobre sujetos que se encuentran dentro de sus órbitas culturales, lo que les plantea interrogantes sobre la objetividad y la incidencia que sus investigaciones tienen en la vida de sus informantes o sujetos de estudio. En esta nueva situación, la reflexión sobre el otro cotidiano puede ofrecer nuevas vías para abordar dichas interrogantes. La cotidianidad es considerada aquí como el ámbito en el que las personas generan los discursos y prácticas esenciales que ordenan sus vidas. Estos discursos y prácticas se van configurando conforme circulan y son puestos en duda por los mismos sujetos. Son los otros de la vida cotidiana los que con sus actos ponen en entre dicho los valores instaurados en la sociedad y proponen nuevas direcciones de la dinámica social. Los cambios no son drásticos.

Para dar cuenta de estos movimientos recurrí a los conceptos de táctica y estrategia de Michel de Certeau (2007). Las tácticas son las argucias que las personas implementan para escapar al control ejercido por los entes de poder. Estas se basan en la capacidad para interpretar el momento, las circunstancias, y actuar aprovechando las opciones que se dan o pueden generar a partir de un estado de las cosas. Por otra parte, las estrategias dependen del reconocimiento de un espacio propio. Para los sujetos que ejercen el poder es indispensable poseer un lugar o institución que asegure un estado de las cosas e ir acumulando lo ganado.

En el caso particular que analiza este artículo: la vida cotidiana de una familia de la Huasteca potosina, la alteridad y los conceptos de estrategia y táctica, son abordados en relación con las confrontaciones entre padres e hijos y entre hermanos. Las confrontaciones se presentan por diferencias de intereses y proyectos de vida. Se trata de situaciones muy comunes en las familias, pero que pensadas en un sentido más general y desde los conceptos ya mencionados abren la posibilidad de pensar al otro y las dinámicas sociales en las que se encuentra inserto.

En las relaciones de poder que se tejen entre los integrantes de la familia pueden encontrarse las lógicas estratégicas y tácticas, resaltando que durante las disputas entre padres e hijos y entre hermanos, pueden notarse las figuras de alteridad, los otros que, al hacerse presentes con sus opiniones y actos, contribuyen a que ciertos valores se mantengan o sufran cambios. Son los padres quienes intentan cada día que esos valores se refuercen. Por el contrario, los hijos buscan hacer mella en la autoridad paterna y los valores que ella sustenta.



La casa y la familia, al ser un contexto cotidiano, favorece la observación de las maneras en que los sujetos usan las estrategias y las tácticas y facilita en análisis los procesos por los cuales las instituciones y valores reinantes, gracias a la pericia de las personas para ejecutar las tácticas y las estrategias, encuentran su sustento o sufren alteraciones. De esta forma, si algo nos permiten entender estos dos conceptos de Michel de Certeau (2007) y la noción de otredad cotidiana, son las dinámicas sociales a través de las cuales se produce el cambio y la continuidad en las normas que rigen las vidas de las personas. El otro cotidiano representa la diferencia y, por lo tanto, funge como la figura creativa que pone en cuestión lo establecido socialmente. En muchos momentos de la vida cotidiana todos podemos ser los otros. La categoría de alteridad no es aplicable a solo unos cuantos sujetos. En distinta medida y de acuerdo a las circunstancias particulares, todos en la cotidianidad podemos ser capaces de incidir en la dirección que toman los procesos sociales. Generalmente la influencia del otro es diminuta, apenas visible, y los cambios se suceden lentamente. Las relaciones de alteridad son parte fundamental del ritmo de la vida.

Hasta aquí he retomado el primer planteamiento del texto, es decir, la importancia del estudio del otro cotidiano para comprender las dinámicas sociales. Falta reiterar las posibilidades que brinda esta noción para discutir la categoría antropológica de alteridad, ante la necesidad de estudiar contextos y sujetos cercanos culturalmente a los investigadores. En este panorama, ya no es viable comprender a los sujetos de estudio desde el concepto de alteridad radical. La idea de otredad cotidiana puede brindar alternativas para pensar de otra forma la categoría de alteridad.

En primer lugar, se debe partir de la idea de que el otro se construye en el proceso de conocimiento. Solamente en el momento en que existe el interés por conocer a los otros, la alteridad toma su forma. El conocimiento del otro es siempre parcial, sobre todo porque los sujetos son inestables, cambian sus prácticas y el sentido de sus actos y discursos. Reconocer esta característica de la otredad es acercarse al otro cotidiano, ya que es principalmente en la vida cotidiana que las personas cambian de acuerdo con las situaciones que viven. La alteridad ya no debe ser considerada como esa figura estable que opone sus diferencias culturales a las del antropólogo, sino como sujetos que construyen su diferencia en el contacto con otros sujetos en la cotidianidad.

Esta visión sobre la otredad abre el camino para considerar al otro cercano como un sujeto de estudio y, al mismo tiempo, una figura de alteridad que marca el ritmo y el rumbo de la dinámica social. Los dos conviven necesariamente. El antropólogo jamás podrá borrar la distinción investigador-sujeto de estudio. Tampoco es recomendable borrarla; resultará más productivo reconocer en el otro su capacidad para transformar las relaciones de las que forma parte (incluso la relación con el investigador) mediante su inherente condición de alteridad en la vida cotidiana. El otro es siempre un otro diferente a lo largo de su vida. Esta mutabilidad representa un problema para el antropólogo, pero ¿Cuándo el otro no ha sido un problema? ☯



Referencias

- ALTHABE, GÉRARD (2003). “Antropología del mundo contemporáneo y trabajo de campo”. *Alteridades*, Vol. 13, Núm. 25.
- AUGÉ, MARC (2000). *Los no-lugares. Espacios del anonimato*. España: Gedisa.
- BOURDIEU, PIERRE (2009). *El sentido práctico*. México: Siglo XXI.
- CERTEAU, MICHEL DE (2007). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- ELIAS, NORBERT (1998). “Apuntes sobre el concepto de lo cotidiano”. En: Weiler, Vera. *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- GINZBURG, FAYE (1999). “Cuando los nativos son nuestros vecinos”. En: Boivin, Mauricio, et al. *Constructores de otredad*. Buenos Aires: Antropofagia.
- HELLER, AGNES (1985). *Historia y vida cotidiana*. México: Grijalbo.
- KROTZ, ESTEBAN (1994). “Alteridad y pregunta antropológica”. En: *Alteridades*, Vol. 4, Núm. 8.
- LINDÓN, ALICIA (2000). “Del campo de la vida cotidiana y su espacio-temporalidad (una presentación)”. En: Lindón, Alicia. *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. México: Anthropos.
- ORELLANA, DULCE (2009). La vida cotidiana. En: *CONHISREMI, Revista Universitaria de Investigación y Diálogo Académico*. Vol. 5, Núm. 2. Recuperado de: <http://conhisremi.iuttol.edu.ve/pdf/ARTI000066.pdf>
- PALERM, ÁNGEL (2004). *Historia de la etnología. Tylor y los profesionales británicos*. México: Universidad Iberoamericana.
- PIÑA OSORIO, JUAN MANUEL (1998). *La interpretación de la vida cotidiana escolar*. México: CESU/Plaza y Valdés.
- REGUILLO, ROSSANA (2000). “La clandestina centralidad de la vida cotidiana”. En: Lindón, Alicia. *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. México: Anthropos.
- RIBEIRO, GUSTAVO LINS (2004). *Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica*. En Boivin, Mauricio, et al. *Constructores de otredad*. Buenos Aires: Antropofagia.

Contacto del colaborador:

José Navarrete Lezama <navarretelezama@hotmail.com>

